

EL VIAJE A ESPAÑA

POR

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

LIBRO PARA TODOS Y ESPECIALMENTE
PARA VIAJEROS Y LECTORES
HISPANOAMERICANOS



ANDALUCÍA Y EXTREMADURA



C.^a Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.
Librería Fernando Fe.
Puerta del Sol, 15.
Madrid.

MALAGA

MÁLAGA

SINFONÍA. - LA VIDA ES BUENA. - LOS JABEGOTES DEL PEDREGALEJO Y UNAS SARDINAS ASADAS. - LOS IDILIOS DE LA COSTA, UN HOTEL DEL TIEMPO VICTORIANO, Y EL HALCÓN EN LA DIESTRA DE ANDALUCÍA: CASTELLAR DE LA FRONTERA.

vesamos el Parque, con sus palmeras, recogido y anudado el haz de lanzas, porque se encorvaban desmayándose, como si los árboles fuesen guerreros emponzoñados por la voluptuosidad. Ahora tangenteamos la plaza de Toros, donde hizo de revistero taurino Teófilo Gautier, el Rajá. A la entrada de la Caleta encontramos una pareja de ingleses que se dirigen a un campo de *tennis*. Aquí era donde solíamos toparnos con el señor obispo. Hoteles con sus terrazas, y en las terrazas tertulian nuestras amigas, platican o leen, se columpian en unas mecedoras. Cruza al galope un jinete, ése que obligará al caballo a arrodillarse ante una verja en el Limonar. Ya alcanzamos los merenderos y ventorros, casucas que ríen hasta el alba, capillitas del remordimiento al amanecer. Nos volvemos, y todavía se vislumbra el castillo Gibralfaro, y avanzando en el agua y esfumándose, el malecón. Ya no se hallan más hoteles. A un lado, fofas montañas ocrosas, con sus aquelarres de chumberas, y enfrente el mar, y a lo lejos el mar, y reflejado en el cielo, el mar.

Hundiéndose en la arena ardorosa y dorada, la semidesnuda cuadrilla lucha por arrancar las redes al oleaje. Salen de las ondas unos cables, con nudos de trecho en trecho. Los pescadores enredan unos garfios en esos nudos, y enganchándose así a las ma-

romas, tiran, doblados por el esfuerzo, péndulo el brazo libre, la boca involuntariamente abierta. El sol empuropuró las carnes. Diríase un friso griego vivificado de pronto. La fatiga se suaviza gracias a la rítmica ligereza de las estatuas que se mueven y entonan un coro alentador. Privilegio de las playas mediterráneas, que se poblaron con pícaros que semejan príncipes, sin duda a cambio de que los magnates levantinos caigan sin dificultad en la picaresca. Las gentes de la jábega no descuidan procurarse el rumbo de un sombrero ancho, una faja colorada, un clavel, un cuchillo y una amante. Acaso sueñan que son piratas porque le roban su tesoro al mar.

El patrón dispuso que se echase la red por la mañana, y de nuevo dará la misma orden a la noche. Algunas horas tarda en llenarse el copo. ¿Dónde está el copo? Solamente emergen del agua los cables, con unas algas prendidas. Sin embargo, fácil resulta adivinar la situación del trozo de red que contiene la codiciada presa. Una gaviota revuela en un círculo fijo en el aire, y de cuando en cuando precipítase a picotear los espumarajos y se levanta con un pececillo en el pico. Cincuenta varas hay de la orilla al copo. En tanto los jabegotes bregan entre cánticos, el patrón fuma su tabaco de contrabando, y unas comadres, que esperan el mercado

que luego se improvisa en la arena, charlan y ríen al abrigo de una barcaza en seco. La cuadrilla de otra jábega ya en el descanso, distribuyóse en corro, y alguien ha sacado una baraja y la pobretería se juega sus dineros.

Por último, el copo no llega, sino que salta a tierra. Anochece, y en la negrura del suelo mojado se destaca la plateada y maravillosa palpitación. El sutil enrejado de hilo aprisiona miles de miles de peces menudos, argénteos, de diversas especies, aunque ganan por mayoría los boquerones. En medio de la masa blancuzca, de aquel espejo roto en innumerables pedazos, resaltan: una estrella de mar, unos cangrejos, tal pequeño monstruo que no reconoce ni la comadre más vieja. Mujeres, hombres y *chaveas*, curiosean rumoreando el botín. Magnífica ha sido la pesca. Principian las ofertas mercaderiles. Los pececillos, sublevándose, salpican de agua y escamas el rostro de los piratas. A veces un boquerón consigue escapar y traza una pirueta en el aire. Más que una red, el copo semeja una pajarera enloquecida.

No tardan en asaltar la ciudad los vendedores con sus cenachos colgantes de los brazos, especie de balanzas humanas, siendo platillos las espuelas y columna el barbián. Pregonan su tentadora mercancía: los chipirones, los *sarmonete*, boqueroncillos sin mez-

cla, el rape, codiciadísimo para la sopa de su nombre. La cocina malagueña explota el inagotable criadero del Mediterráneo, usurpando hasta los infinitos mariscos de sus rocas, apestosos, inefablemente coloreados y succulentos. No se olviden las conservas en seco, ni las salmueras. Pero nada como la pesca reciente y condimentada con yerbas aromáticas, según tradiciones morunas.

—¡*Sardinaj pasala!*

Este gemido propio del *cante jondo*, que acaba de lanzar un vendedor, desde una esquina, contoneándose, y mitad espada en el brindis y mitad profesor de baile andaluz, significa en castellano: *sardinias para asar*. Surgen los parroquianos, y a poco de cien hogares escapa un sabrosísimo tufillo, más convincente aún que la canturía aflamencada. Nadie deje de probar las sardinias asadas, a las que se desposeyó con urgencia de sus tripas, y se roció con un aliño vegetal y excitante. Intactas en su estallido, más bien hinchadas, el fuego doró su azul, y su pulpa se deshace en una fragancia que incita a devorarlas con apetito renovado. Desaparecieron las amontonadas en una batea, y ahí asoma otra, que viene de las brasas. El final es que se come con los dedos, y pringándose la cara. Es necesario cuidar de que no se entibien las sardinias, al momento endureci-

das, enmohecidas. Sólo las muy calientes conservan la frescura del mar.

* * *

La sirena de los barcos y el silbido de las locomotoras. He ahí la constante invitación al viaje, pero ¿cómo abandonar Málaga, Andalucía, cuyo último itinerario es el malagueño? Cuesta resolverse a la despedida, acudiendo a la memoria las azoteas gaditanas, el Guadalquivir, la noche alhambrina, el rondeño circo, los patios de la cordobesa mansión de *Don Gome*, las cuadras y las bodegas de Jerez. Una tarde, aquella en que debíamos ocupar una cabina en el tren de Madrid, de repente nos decidimos a volver a empezar, a resumir la excursión en otra equivalente a un repaso. Y en un automóvil, tornamos a Cádiz, y desde allí saldremos camino de la corte o de donde se quiera, mas recorriendo de nuevo los paisajes ya llorados, que atraviesa la vía férrea, ensartándolos en el fulgor de las paralelas de acero.

Tres, cuatro horas a una velocidad no excesiva, y estamos de nuevo en Cádiz, si no en el mismo Cádiz, en su provincia, frente a Gibraltar. Toda la jornada transcurre en un idilio, extendiéndose la pista entre el mar y huertas o bosquecillos o simples aglomeraciones de tierra variopinta. De cuando

en cuando se atraviesa un pueblo, ninguno sin un nombre claro y eufónico, cual corresponde a su refinada sencillez: Torremolinos, los Boliches, Fuengirola, Marbella, Estepona. Después del primero, gaviotas en las barcas, y la cadena de los delfines en la bahía. En el segundo sorprende la esbeltez de sus vecinos. Los Boliches lleva a la exageración la costumbre del jalbegue, ya es una chifladura. Las viviendas aparecen redondeadas por la cal, y para no ensuciarla y al mismo tiempo no mancharse, las buenas gentes no se apoyan en la pared, conque se crían tiesas. Fuengirola, y su castillo, evocación de las centurias berberiscas. Las calas de Marbella, causantes del narcisismo de la población digna de su título. Al fondo yergue su recortada bruma la Sierra Blanca, donde existe la *capra hispánica* en ejemplares de estirpe superior a la de los Pirineos. Siguen densos alcornocales, los troncos de una bermejez de óxido de hierro, pues ya los desposeyeron del corcho. Estepona, luego, rica y ahidalgada, con un notable concurso en la plaza principal. Hace ya tiempo que en la lejanía insinúa su esfinge el Peñón, monstruoso hasta por su perfil en el panorama más amable del mundo.

Frecuentes hallazgos en la carretera, sobre todo de recuas arrieriles. Son los eternos borriquillos enflocados, en su mayoría blan-